

El universo Amat se abre a la tensión de la prosa y el verso

Tras varios años de silencio narrativo, Núria Amat regresa con dos libros bajo el brazo. La novela 'Deja que la vida llueva sobre mí' y sus 'Poemas impuros' con los que debuta en los versos. Dos obras surgidas de la misma crisis que responden desde distintos ángulos a los riesgos que comporta la autoficción

* MATÍAS NÉSPOLO

«Desamparo es el regalo / que yo misma me ofrezco, / cuando escribo». Más que una declaración intenciones poéticas, se trata de la comprobación de un hecho. De una experiencia peligrosa que resulta de transitar la intemperie de la prosa o el abrupto acantilado de un verso cuando se asume la palabra como propia, en todas sus consecuencias. Y el riesgo es doble, si —después de un largo silencio— el recorrido enlaza ambas geografías simultáneamente, la prosaica y la poética.

Este es el caso de Núria Amat —de quien proceden los versos citados—, que regresa seis años después de su última novela, *Reina de América*, con una nueva e inclasificable obra narrativa, *Deja que la vida llueva sobre mí* (Lumen), y un debut en el difícil oficio de encadenar versos, *Poemas impuros* (Bruguera).

Obras muy disímiles, pero complementarias, ambos libros «son producto del sanatorio», como prefiere llamar la autora al «duro período de crisis interior» en el cual se gestaron de manera simultánea. Puede que su lectura conjunta provoque «desconcierto», reconoce por anticipado Amat, dado que su escritura fue tan lacerante como terapéutica. «Cuando escribo siempre quiero tocar el corazón del lector y asumo los riesgos», dice la escritora, porque su programa literario no responde a modelos ni a géneros preestablecidos, sino a «sentimientos muy profundos», aclara.

● «Cuando escribo siempre quiero tocar el corazón del lector y asumo los riesgos», dice la autora

La narradora, ensayista y, ahora, flamante poeta Núria Amat en un parque de Barcelona.





LIBROS.

La escritora catalana Núria Amat, en el momento más productivo de su carrera.



DOMÈNEC UMBERT

Núria Amat debuta en la poesía a la vez que reafirma su novela

El dolor de la pérdida, el desamor, las heridas de la infancia y la obsesión por la escritura son los ejes que explora Amat desde distintos ángulos, el de la prosa y el de la poesía. Con su nueva novela, 'Deja que la vida llueva sobre mí' retoma la misma voz de la temprana 'La intimidad' y con sus 'Poemas impuros' se protege de los peligros de la palabra

Viene de primera página. Difusos son los puntos de contacto entre la novela y el poemario más allá de compartir un mismo período de escritura. Quizá uno sea el silencio al que tienden ambas obras a medida que avanzan. No en vano *Silencio* es el título del último poema que se cierra con los versos «no me busques en tu desesperación, / déjame muda» y el del último fragmento de la novela. Otro punto de contacto es la carta como forma de interrelación poética del lector, en un caso, y como sutil eje narrativo, en el otro. «Los escritores siempre estamos escribiendo cartas de una manera u otra», concede Amat, «porque esa es la forma de dirigirse a cualquier lector». Pero ahí acaban las similitudes.

Después de su tímida incursión poética de *Amor infiel* (2004), obra de versiones libres de las poesías de Emily Dickinson, Amat se estrena en la materia con los *Poemas impuros*, serie que gira en torno al amor, el desamor, el paso del tiempo, la fragilidad del lenguaje, el dolor de la pérdida y el misterio de la belleza. A diferencia de la novela, ciertas imágenes o el eficaz cierre de algu-

nas composiciones le abren un resquicio al humor. «Los poemas me permiten cierta ironía, que me protege como una coraza», explica Amat, «porque la escritura suele llevarme a zonas peligrosas incluso al suicidio». Un riesgo que conoce muy bien la narradora de *Deja que la vida llueva sobre mí* en su empecinado intento por registrar negro sobre blanco el minucioso recorrido de su propia biografía.

Un verdadera obsesión narrativa que la lleva a repasar al detalle todos los aspectos de su vida íntima, desde la prematura muerte de su madre y la turbia relación con el padre, a sus fracasos sentimentales de adulta y la preocupación constante por sus hijas.

«La novela sigue un hilo argumental muy fino, casi imperceptible», dice Amat, porque su objetivo era «desarrollar con un mínimo de palabras el mayor contenido posible», sobre temas tales como «el amor, la muerte, la amistad, los hi-

jos...». Un mecanismo, en principio, más poético que narrativo.

El componente autobiográfico es, en todo caso, innegable. Incluso, el reflejo entre la narradora de *Deja que la vida llueva sobre mí* y la autora invita a pensar en *La intimidad* (1977), novela con la que Amat se ganó tanto el favor de la crítica como el de escritores de la talla de Juan Goytisolo. «No sé si existen las segundas partes, pero sí estoy segura de que ambas novelas entablan un diálogo», reconoce. «La niña que narra *La intimidad* es la mujer madura de esta novela», añade.

Si Amat se anticipó a la metaliteratura con *Todos somos Kafka* (1993), también lo hizo en la autoficción, ahora tan en boga, con *La intimidad* y se reafirma

con *Deja que la vida...». «La autoficción legaliza lo autobiográfico de una novela, que suele identificarse de manera despectiva», dice la autora. En su caso le permite «jugar a ser otra» en una suerte de «híbrido» entre la invención literaria y la más íntima confesión.*

Y la identidad es justamente el otro eje de la novela. La narradora, en su intento de llenar con cartas el vacío de su madre ausente, se busca a sí misma en los sucesivos roles que se le presentan en el transcurso de su vida. La hija, la mujer, la amante, la escritora... se le presentan en definitiva como identidades falsas o insuficientes. «Soy ácrata por naturaleza y siempre he rehuído las etiquetas», confirma la autora.

El conflicto es, para Amat, mas bien una cuestión de género. «Es muy propio de la mujer tener varias identidades superpuestas, como la de ama de casa y gerente de una empresa. El conflicto puede ser muy estimulante, pero también una desgracia», señala, «porque no hay nada puro, ni siquiera los sexos. Toda mujer también tiene su lado masculino». De allí el rechazo a la pureza de sus poemas.

La bandera del feminismo también se defiende desde la trinchera de las letras.

Y eso hace Amat. «El machismo literario es una cosa evidente. Cierta narrativa pensada como un producto para mujeres ha hecho mucho daño. Y hoy las mujeres leen más libros escritos por hombres», se lamenta.

Si hay algo en lo que cree es en el arte. «Creo en su poder curativo», aunque más no sea por la «generosidad» que encierra «una vida dedicada a la creación». Y lo lleva en los genes. La hija del artista plástico Frederic Amat reconoce haber heredado de su padre «cierta sensibilidad y una particular manera de ver el mundo», concluye.

